

Aspectos culturales de la concurrencia
argentina en la Exposición Universal
de París de 1889

JUAN MARÍA VENIARD¹

Resumen

Analizando la reseña del informe oficial y los informes particulares, que se produjeron con motivo de la concurrencia de la República Argentina a la exposición de París de 1889, fue posible observar que no todos los productos presentados fueron muestras y manufacturas derivadas de la actividad agropecuaria y extractiva, sino que también los hubo que mostraban aspectos culturales del país y los revelaban a los visitantes europeos.

Palabras clave

Argentina - Historia - Cultura.

1 CONICET.

Abstract

The analysis of the official and specific reports, produced owing to the Argentinian concurrence to the Paris Exposition in 1889, made possible noticing that the presented products weren't only samples and manufactures proceeding from agronomical and exctrative activities, but also ones showing cultural aspects of the country to European visitors.

Key words

Argentina - History - Culture.

Para conmemorar el centenario de la revolución de 1789, los franceses planearon una gran exposición internacional a llevarse a cabo en París, según se estilaba en una época en que había la costumbre de hacer grandes muestras de manufacturas y productos de diverso tipo. En las últimas dos décadas los franceses habían realizado, cada once años, una de carácter "universal". También debe señalarse que, por entonces, los gobiernos y las sociedades eran muy afectos a las grandes conmemoraciones cuando se cumplían cifras redondas de hechos históricos, las que se rememoraban con actos públicos y la erección de monumentos.

Coincidiendo el centenario de la revolución iniciada en París en 1789 con la existencia de un régimen republicano en Francia (la Tercera República, desde 1870) y estando en boga las ideas liberales, había allí conciencia pública respecto de que aquel hecho había significado el triunfo de éstas, con su divisa "Libertad-fraternidad-igualdad". Debía, por lo tanto, solemnizarse de la mejor manera que sabía hacerlo el siglo: con una exposición monstruo digna de ese acontecimiento.

En aquellos años existían las exposiciones-ferias y las exposiciones-muestras. En ellas se presentaban productos, que concursaban o no y que podían o no venderse. Las grandes exposiciones de entonces se llevaban a cabo con objetos que concursaban, fuesen maquinarias, manufacturas, productos alimenticios, muestras agrícolas o ganaderas, trabajos artesana-

les, artísticos o intelectuales. De todo había en las grandes exposiciones y todo debía concursar.

La idea que impulsaba la realización de estas grandes muestras del ingenio y la laboriosidad humana, era hija directa del concepto de *progreso*. Por él se consideraba que la actividad del hombre progresaba y con ella él mismo. Y no sólo progresaban los artificios creados por él, sino también el saber y el conocimiento, incluyendo las manifestaciones culturales y sociales. Así que progresaba la cultura, lo hacía la civilización y la raza humana. Estaba claro que el hombre era un mono evolucionado y todos estaban en la carrera del progreso, que era un modo de evolución. De manera que el más evolucionado era el más inteligente y desarrollado en sus aptitudes físicas, intelectuales y morales, y con ello los pueblos. Considerada una culminación de este desarrollo, estaba la revolución francesa de 1789. Debía ser, entonces, de gente reconocida el saber honrarla desde la altura que se había alcanzado en la evolución, luego de cien años, y en la cual ella había sido parte importante pues había producido un salto hacia adelante en el progreso de las ideas.

Los ingleses y los norteamericanos habían llevado a cabo grandes exposiciones internacionales de productos y no habían quedado en menos los franceses con sus exposiciones internacionales de 1867 y 1878, en la última de las cuales, al menos, la Argentina había participado. Así es que, con tiempo, comenzaron a organizar su gran exposición “universal” para conmemorar esa fecha y convocar a ella a todos los países del mundo –incluyendo sus colonias– con sus fabricantes y productores de elaboraciones dignas de concursar. La República Argentina es invitada, dentro de todos ellos. Al respecto decía una crónica del *Times* de Londres –reproducida en Buenos Aires–, no sin cierta mordacidad, que “entre las numerosas exposiciones que se abren por todas partes en Europa, muy pocas o ninguna hay que se hayan hecho los preparativos [de tal magnitud] del ruidoso torneo que el año próximo tendrá lugar en París”.²

A fin de tener una debida presencia, el gobierno argentino formó una comisión de notables para que estudiara la mejor manera de concurrir.

² *La Nación*, 27 de junio de 1888, p. 1, col 3

Surgieron los proyectos pero fue común la idea de que nuestro país debía aprovechar la oportunidad, ahora que estaba políticamente unido, integrado en su territorio y trabajando en paz, para mostrar al mundo, con magnificencia, su poderío, el ya establecido y el que se auguraba para el futuro. Por decreto del Poder Ejecutivo, con fecha de 29 de octubre de 1886, se organizó una comisión “que debía correr con todo lo relativo a la participación de la República en este torneo”³ y, de inmediato, se puso a la tarea. El representante argentino ante las autoridades de la Exposición, el vicepresidente primero del Senado, Antonio Cambacérès solicitó, para levantar un pabellón, 6.000 metros cuadrados en el Campo de Marte, que después fueron 4.000 y al fin le fueron otorgados 1.600, que igualmente era mucho, pero en un lugar que él mismo define así, en una carta que publica el diario *La Nación*, en febrero de 1888:

...la situación del pabellón argentino en el local de la gran exposición es de todo punto innegable, contiguo a la torre Eiffel.

Es a los alrededores de ese monumento donde la concurrencia afluirá en mayor número, pues queda cerca de la estación del ferrocarril de St. Lazare y en medio de los jardines, sobre el Sena, de manera que el pabellón argentino tiene cualidades inmejorables. [...] ⁴

El deseo de exposición del país es evidente. Su edificio quedaba cercano a la torre Eiffel, que era la gran atracción de la muestra.

Hubo de tratarse, en su momento, la inclusión de la sección argentina dentro de un pabellón más vasto, como hacían los países europeos e, inclusive, lo propuso la comisión organizadora a los países americanos. El criterio argentino, que los demás países latinoamericanos siguieron, fue que “puede cualquiera figurarse el mal efecto que hubiese hecho sobre el visitante, el pasar inmediatamente, de una sección industrial, en que se

3 Santiago Alcorta, “Reseña de los trabajos del Delegado del Gobierno y de la Comisión auxiliar de París”, en *La República Argentina en la Exposición Universal de París de 1889. Colección de informes reunidos por el Delegado del Gobierno...*, París, Sociedad Anónima de Publicaciones Periódicas, Imprenta Mouillot, 1890, vol. 1, p. 3.

4 *La Nación*, 17 de febrero de 1888, p. 1, col. 7.

exhibían sederías, encajes, joyas, etc., a la nuestra, por ejemplo, llena de lanas y cueros, de cereales y de maderas, como el depósito de una gran propiedad de campo.”⁵ Sorprende la libertad de pensamiento del autor, considerando que el suyo es un escrito oficial, destinado a informar, evaluar resultados y rendir cuentas, a su superioridad.

Se nombró una comisión en París, dependiente de la de Buenos Aires y ésta, ya en enero de 1888, saca a concurso la presentación de planos para levantar el pabellón, en cuyas bases se especificaba que, con el agregado de un piso, ofreciese una superficie de 3.000 metros; que fuese de hierro y se pudiese desarmar, para ser transportado a Buenos Aires. El edificio que se levantó, de planta rectangular, era de hierro pero montado sobre una base de material, con ladrillo a la vista. Tenía mucho ornato, al gusto de la época, con una gran cúpula central y cuatro cúpulas menores, adornadas con grupos escultóricos. Las cuatro esquinas exteriores tenían cuatro grupos escultóricos alegóricos, al nivel del techo, sosteniendo cada uno un mástil, obra del escultor francés E. Barrias. Poseía alumbrado eléctrico e instalación telefónica. El edificio fue premiado porque así lo solicitó el representante argentino Igarzábal ante el jurado superior. Se le dijo que en las exposiciones no estaba el premiar edificios pero, ante su insistencia, se hizo concursar a otros y se dio puntaje: 25 puntos –que era el máximo– al argentino; 22 al de México y 20 al del Brasil, y los tres quedaron comprendidos en los premios de honor. El resultado fue que el Pabellón Argentino fue “el más nuevo, el más lujoso, el más *sugestivo* de toda la Exposición, según dicen en su memoria los delegados de los obreros ingleses, al colocarlo entre las maravillas que ella ha ofrecido a la admiración del mundo”⁶.

Debe mencionarse que para conmemorar el centenario que se festejaba y fuese ornato de la exposición, se decidió levantar entre el puente de Iéna y el Campo de Marte un gran monumento, de medidas colosales, en estilo moderno y empleando materiales y técnicas contemporáneas. Así nació la gran torre de 300 metros que levantó el ingeniero Gustave Eiffel

5 Santiago Alcorta, “Reseña de los trabajos...”, p. 65.

6 Ídem ant., p. 71.

y que, ciertamente, ha quedado como el monumento que recuerda más a una época que al hecho histórico que conmemoraba.

Esta exposición fue considerada, en su momento, la iniciadora de una nueva era en la arquitectura, merced al empleo del hierro y la fundición como materia principal en las construcciones, con el uso de revestimientos de cerámica y azulejos, entre grandes vidrieras, lo que otorgaba a los edificios una gran liviandad a la vez que un colorido policromo. Se destacaron, en esta nueva corriente de arquitectura, el Palacio de las Máquinas –que medía 115 metros de ancho por 420 de largo, todo con arcos de hierro–, los palacios de las Bellas Artes y de la Artes Liberales, la Torre Eiffel y el Pabellón de la República Argentina⁷.

En el diseño del Pabellón Argentino, según el propio autor del proyecto, “el arquitecto, cuyos frecuentes viajes a Oriente han familiarizado con la policromía en las construcciones, no ha vacilado en romper con la tradición en muchos puntos, y en recurrir a materiales enteramente nuevos”⁸. De modo que no debe buscarse nada que refleje la cultura local nacional en este edificio, como se hizo en el de varios países de Oriente y Europa, e inclusive uno de América –como fue el caso del de México, copiado de un edificio azteca–, sino una obra de arquitectura contemporánea, de la más avanzada de la hora. Al respecto, se comentó en el diario *La Nación*: “En resumen, una bella construcción, sin nada nuestro, producto de la caprichosa fantasía de un arquitecto vivaz y de gusto, que sabiendo que trabaja para un pueblo sin arquitectura propia, ha querido obsequiarle un lindo modelo en que basarla.”⁹ Ciertamente que había una arquitectura rioplatense pero debido a su sencillez no se la consideraba en tal categoría, más en tiempos en que se prefería el adorno y el colorido. Hoy vemos fotografías del edificio y, más que pensar que pudo tratarse de uno que fuera a fundar nuestra arquitectura, nos trae reminiscencias de construcciones públicas de fines del siglo XIX, como

7 Alberto Ballu, “La Arquitectura en la Exposición Universal de París”, en: *La República Argentina en la Exposición Universal de París...*, cit., vol. 2, pp. 331-337. Nota: El autor fue el arquitecto que levantó el Pabellón Argentino.

8 Ídem ant., p. 377.

9 *La Nación*, 6 de septiembre de 1888, p. 2, col. 2.

ser mercados, estaciones terminales ferroviarias y, aun, invernaderos de viejas estancias.

Sin embargo, un extranjero que lo visitó, no se dejó encandilar por brillos y colores:

Lo más curioso de la exposición [argentina] es indudablemente el edificio: hay allí adornos costosos, esculturas valiosas, cuadros de mérito, detalles notables; pero no son esas las cosas que pueden llamar la atención cuando se está en París y se visitan edificios en instalaciones como las que hay en el Campo de Marte y en la explanada de los Inválidos.¹⁰

La exposición se inauguró el 6 de mayo, con la presencia de 52 naciones extranjeras. El pabellón argentino no estaba terminado, mas “con los productos apenas colocados abrió, sin embargo, sus puertas en ese día, llamando mucho la atención, con los soldados del ejército nacional, cuyo aspecto marcial y cuyos uniformes de estilo europeo, no esperaban encontrar las gentes de este país.”¹¹ Cabe decir que los uniformes eran de modelo francés y fueron hechos especialmente para la Exposición, como que aparecen en la cuenta de gastos que se siguió y hace suponer que fueron realizados en la misma Francia. La inauguración oficial tuvo lugar el 25 de mayo y la declaró inaugurada el vicepresidente Carlos Pellegrini. Ese día estuvo de visita el presidente francés el cual, en la jornada de apertura de la muestra, en su gira inaugural, por “un olvido, originado sin duda en la poca importancia que, hasta entonces, se acordaba a los países latino-americanos, hizo que en ese itinerario, se omitiese a los pabellones de las distintas naciones de este origen.”¹²

Hay otro aspecto que señalar y que es aquel que se refiere a las resistencias que hubo con respecto a que la Exposición era, en el fondo, el festejo a una revolución que había sido antimonárquica y anticatólica y, no obstante sus dogmas, injusta y sanguinaria. Es así que los países europeos no estuvieron representados oficialmente por ser todas monarquías.

10 *La Nación*, 28 de junio de 1889, p. 1, col 4.

11 Santiago Alcorta, “Reseña de los trabajos...”, cit., p. 9.

12 *Idem ant.*, p. 8.

Ignoramos si hubo países de América cuyos gobiernos se negaron a concurrir de manera oficial por la misma razón. En un punto de su *Memoria*, Santiago Alcorta señala los inconvenientes ocurridos con la exposición de los productos, con el fin de ser corregidos en futuras exposiciones internacionales e indica: “En Chile, muchos productores de importancia, se resistieron a tomar parte, por sus ideas conservadoras o religiosas, en esta Exposición en que se celebraba el aniversario de la Revolución Francesa...”¹³

Las instituciones católicas del país, como es lógico suponer, no estuvieron presentes en la Exposición, fuesen institutos de enseñanza, casas editoras, asociaciones culturales, etc. Quizás también fuese el caso de alguna otra, como la Sociedad de Beneficencia, que si bien no era confesional, sí estaba regida por damas católicas y de cuya ausencia se dijo que “su presentación hubiese dado lugar a que hiciésemos conocer, con orgullo, una institución que, por figurar con ella la mujer en la vida pública, no posee país alguno, siendo esto para la Europa un progreso a realizar”.¹⁴ También se hizo notar, entre las sociedades de beneficencia pública, la del Asilo del Buen Pastor, regido por religiosas, y de otras instituciones como la Sociedad Rural Argentina, que “debió haberse presentado a la cabeza de nuestra lujosa exposición agrícola, exhibiendo sus obras...”, y que con ella “hubieran venido sociedades semejantes de las provincias...”¹⁵ Esta ausencia da que pensar en alguna cuestión de tipo ideológico, porque los ganaderos, por más que algunos fueran de ideas liberales, muchos eran conservadores y la Revolución Francesa significaba por entonces la “revolución social”, a la que tanto se temía.

Con relación a esto, hay un par de artículos publicados en el diario *La Nación*. Uno lleva por título: *El gran centenario y la exposición universal*. Lo firma, desde París, Aníbal Latino, seudónimo del periodista italiano José Ceppi. Dice: “Dejemos que los reyes y sus cortesanos retrayéndose de fiesta tan progresiva como es la apertura de un gran certamen industrial, se pongan en contradicción con el espíritu de nuestros tiempos por creer

13 Ídem ant., pp. 67-68.

14 Ídem ant., p. 16.

15 Ídem ant., p. 17.

abominable la revolución, [...]...que no hace falta su presencia para que sean grandiosas y brillantes las fiestas [...].”¹⁶ La otra correspondencia, también de París, ésta del español J. Ortega Munilla, señala que quizás “habrá quien piense que ha sido acto impolítico de Francia el de designar como fecha de la exposición, esta efeméride así trágica como magnífica” y justifica el derecho que le cabía de hacerlo.¹⁷

La muestra argentina, que reunió productos de 2.517 expositores fue, principalmente, de materias primas. En primer lugar, por mayor cantidad, muestras de lanas, cereales y maderas. Este último rubro ocupó toda un ala de la parte baja del pabellón, lo que revela la importancia que entonces se le dio, pues fue considerado el país que se había presentado más rico en ese ramo y fue allí donde se obtuvieron la mayor cantidad de premios. Hubo también cueros vacunos y de animales silvestres, carnes congeladas, un herbario de plantas medicinales y una colección de minerales. No faltaron productos elaborados: harinas, alcoholes, conservas, vinos y chocolates. Pocos productos muebles e industriales, porque los fabricantes se resistieron a concurrir. Debe señalarse que para entonces Buenos Aires era una ciudad industrial pero esa ausencia no habría que considerarla como debida a razones ideológicas –que pudieron haber existido–, sino más bien por no desear entregar elementos de alto valor económico, considerando que los fletes, embalajes y seguros, corrían por cuenta del Estado. No por nada el informante dice que el gobierno debió haber comprado algunos de estos artefactos y exponerlos oficialmente, para dar cabal idea de este aspecto económico del país.

No obstante que el Pabellón Argentino pudo semejarse al “depósito de una gran propiedad de campo”, hubo en él muestras de la cultura y de la intelectualidad nacional. Merece señalarse aquellas que fueron expuestas para concursar y obtuvieron premio y las que sirvieron para dar muestra e imagen de la nación, en este aspecto.

De los elementos que estuvieron presentes para dar a conocer la República Argentina a los jurados y visitantes, hay que indicar las publicaciones que acompañaron la muestra. Se remitieron impresas 34 obras

16 *La Nación*, 7 de junio de 1889, p. 1, col. 3.

17 Ídem ant., 8 de junio de 1889, p. 1, col. 3.

de la más diversa índole, en gran cantidad de ejemplares. Se hicieron 20.000 de cada uno de seis capítulos del libro *La vie et les moeurs à la Plata*, esto es: la vida y los usos en el Río de la Plata, de Emilio Daireaux, que se repartieron a los visitantes, aparte de treinta volúmenes de la obra completa que se obsequiaron. También fueron traducidos e impresos en París *A través de las cabañas argentinas*, de Estanislao Zeballos, de la que se hicieron 1500 ejemplares; *Una visita a las Colonias*, de Alejo Peyret, con 1500 ejemplares y un *Censo Agro-Pecuario* de Francisco Latzina, trabajo éste técnico, con 4000 ejemplares, todos impresos por Mouillot. También, como trabajos generales y técnicos, se enviaron, impresos en Buenos Aires, memorias descriptivas de varias provincias y regiones, de minas, de instituciones oficiales y algunos censos. Entre estos trabajos, algunos de los cuales incluyen aspectos culturales, destacamos *Bosquejo de Buenos Aires*, en dos tomos, por Antonio Galarce y un folleto sobre instrucción pública por José Benjamín Zubiaur, que debe ser, sin duda, *Quelques mots sur l'instruction publique et privée dans la République Argentine*, que fue editado en París en 1889.

Estos trabajos impresos se hicieron llegar a muchas personalidades de la política, las artes y la literatura, no sólo de Francia sino de Europa, por medio de listas que se confeccionaron al respecto. Con relación a los capítulos de Daireaux, se pusieron en las secciones “y se los llevaron en pocos días”, haciéndose la crítica de que “el público que asiste a estas exposiciones se compone, en su gran mayoría, de simples curiosos, y no es en las manos de ellos que se deben de colocar obras como esas, que cuestan tanto dinero”, así: “todos querrían tomarlas por no costarles nada, adquiriendo libros para vender, aun cuando fuere por el peso del papel.”¹⁸

Con referencia al material expuesto merece citarse este comentario de la *Memoria*:

Las fotografías de las escuelas de la capital y las de los palacios de La Plata, que hemos presentado, llamando a ésta, la ciudad de Julio Verne, han pro-

18 Santiago Alcorta, “Reseña...”, cit, p. 69.

ducido admiración en todos, entre la gente instruida, como entre lo simples curiosos.

La colección numerosa de libros, encerrada en varias bibliotecas, estuvo ahí, atestigüando nuestro adelanto intelectual, y, por millares, han podido contarse las personas que, no creyendo en él, se acercaban a ver sus títulos, esperando encontrar producciones de Europa.

Un efecto semejante, producía la colección de nuestros diarios, los cuales estaban extendidos sobre una pared, y cuántos de los ignorantes se habrán preguntado si se imprimen en la República Argentina, cuando una persona, que no lo era, hizo una vez esa pregunta al propietario de un gran diario, que le mostraba el número del 1º de Enero.¹⁹

Debe indicarse que en los días primeros de año, los diarios tiraban un ejemplar excepcional. Con respecto a que se considerase a La Plata, la “ciudad de Julio Verne”, lo sería por su plan como por sus edificios públicos, todo de concepción muy moderna y de gran imaginación, digna del célebre novelista.

En la Exposición no hubo concurso de música, como lo hubo en alguna otra y del que participó la Argentina. Pero la música no podía estar ausente, dada la época que se vivía. Por eso se planeó lo que se denominó “la exposición musical” y que debería “representar el movimiento artístico de los últimos diez años” pero solamente de Francia. Estos eran sus alcances:

Se proyecta dar en la sala del Trocadero, durante el curso de la exposición, ocho grandes conciertos por las cinco grandes orquesta de París-Sociedad de conciertos, Opera, Opéra comique, La moureux y Colonne.

Cada ejecución constará de doscientos instrumentistas y coros. El programa será únicamente de obras ya ejecutadas de compositores franceses, vivos o muertos. [...] ²⁰

Al menos, nuestra Canción patria estuvo presente en los días de la Exposición. Leemos en la *Memoria* que hemos citado:

¹⁹ Ídem ant., p. 15.

²⁰ *La Nación*, 9 de septiembre de 1888, p. 2, col. 1.

El Himno Nacional argentino que la Comisión hizo arreglar para bandas militares, con motivo de la fiesta de inauguración de la sección, por el distinguido compositor francés D. Edmundo Guión, lo mandó también imprimir en número de 700 ejemplares, distribuyéndolos a todas las músicas de la guarnición de París, de las cuales algunas lo ejecutaron en los jardines de la Exposición. Más tarde, se han enviado ejemplares a bandas renombradas de los otros países de Europa.²¹

Debemos advertir que el autor de este arreglo, Edmundo Guion, era un músico que se crió en Buenos Aires, donde su padre tenía un importante comercio musical con venta de instrumentos y música impresa. Luego viajó a París a completar sus estudios de música iniciados aquí y, aparentemente, nunca regresó. El Himno Nacional fue impreso en París por Evette y Schuffer. En la rendición de cuentas de la Comisión no figura Guion como si se le hubiera abonado algo por su trabajo, hecho éste que significa que lo hizo por sólo el honor de realizarlo.

Con respecto a las distinciones otorgadas, el Consejo Nacional de Educación obtuvo un Gran Premio de los doce que ganó la Argentina, en mérito a “los progresos de la educación primaria en la República, con motivo de sus memorias, planos, vistas de sus edificios y estadísticas presentadas.”

Se dieron 67 medallas de oro, correspondiendo, en temas referidos a trabajos intelectuales, las siguientes: a Benjamín Zorrilla, “por sus esfuerzos en favor de la educación”; a Florentino Ameghino, German Burmeister y Francisco Latzina, a cada uno, por sus trabajos científicos; a la Biblioteca Nacional, por el conjunto de las obras de Sarmiento, Mitre, López, Cortés y Segovia; a la Universidad de Buenos Aires “por la colección de reglamentos, tesis, etc.” Con respecto a la medalla otorgada a la Biblioteca Nacional, tuvo que ser defendida ante el jurado por el representante argentino, Igarzábal, por cuanto aquél señalaba que no se la podía premiar por el conjunto de esas obras por cuanto “un jurado de exposición no es una Academia, para estudiar y juzgar obras de esa

21 Santiago Alcorta “Reseña...”, cit, p. 22.

especie”²², a lo cual no le hallamos sentido, porque se premiaron muchas obras semejantes, inclusive publicadas años antes e incluyendo a autores fallecidos.

Se confirieron 178 medallas de plata. En trabajos científicos y culturales fueron otorgadas las siguientes: *Revista Pedagógica*, por sus publicaciones; Amancio Alcorta, “por sus obras de Derecho”; Gabriel Carrasco, “por sus publicaciones”; Emilio R. Coni, “por sus publicaciones científicas”; Facultad de Ciencias de Buenos Aires, “por la colección de tesis”; Francisco P. Moreno, “por su obra sobre la Patagonia”; Jorge Rhode, “por el libro y plano sobre las Gobernaciones Nacionales”; Sociedad Científica Argentina, por sus publicaciones; Asociación de la Prensa Argentina, “por la colección de diarios de la República”; Comisión Directiva de la Exposición, “por la colección de libros y publicaciones reunidas por ella”; Jacobo Peuser, dos medallas, una por las ediciones presentadas y otra por libros para contabilidad; Imprenta “La Velocidad” (Rosario) por sus trabajos tipográficos; Francisco Latzina, “por su Geografía de la República Argentina”; Unión Normalista, “por su revista pedagógica mensual”; Estanislao Zeballos, “por sus obras”.

Respecto de los premiados, observemos que hay medallas a trabajos intelectuales de creación, a instituciones por sus publicaciones o colección de escritos, a la propia comisión organizadora por un conjunto de obras presentadas y a exponentes de la industria editorial.

Con relación a aquellos de los que no se especifica carácter de sus trabajos presentados, señalemos que el premiado Gabriel Carrasco, es José Gabriel Carrasco, un jurisconsulto que presentó obras de Derecho. Con respecto a Emilio Coni, como existe otro que fue ingeniero agrónomo y tuvo importantes trabajos publicados, señalemos que se trata de Emilio Ramón, que fue médico y había publicado *Memorias de un médico higienista*. La obra de Latzina premiada, su *Géographie de la République Argentine*, fue editada por Lajouane, en Buenos Aires, en 1890, lo que hace suponer que fue conocida en manuscrito.

22 Ídem ant., p. 27.

El premio otorgado a Zeballos se ha debido, sin duda, a la difusión que tuvo en la Exposición su libro *A través de las cabañas argentinas*, aparecido en 1888, mas como se indica que lo fue en mérito “a sus obras”, sin duda han debido pesar sus libros *La conquista de quince mil leguas. Estudio sobre la traslación de la frontera sur de la República Argentina*, aparecido en 1878, como así también su *Descripción amena de la República Argentina*, éste en 1882 y *La región del trigo*, de 1883.

Cabría decir que la medalla otorgada al perito Moreno, “por su obra sobre la Patagonia”, deja la duda si se refiere a su libro *Viaje a la Patagonia Austral emprendido bajo los auspicios del Gobierno Nacional 1876-1877*, editado en Buenos Aires ya diez años antes, o por su acción en la formación y dirección del Museo Antropológico y Arqueológico de Buenos Aires, sumado a su calidad de director de la Comisión Exploradora de los Territorios Australes, o por todo junto, considerando que hacía unos años había recibido las palmas de oficial de la Academia francesa.

Fueron otorgadas 186 medallas de bronce. Entre ellas, de carácter científico y cultural, se encuentran la *Revista de la Enseñanza* “por sus publicaciones”; F. Amoretti y C. M. Morales, “por su libro” *Teoría elemental de los determinantes*; Wenseslao Escalante, por sus *Lecciones sobre la filosofía del Derecho*; Estanislao J. Frías, “por varias obras”; Antonio Galarce, por *Bosquejo de Buenos Aires*; Manuel R. García, por *Informe sobre la educación en los Estados Unidos*; Andrés Lamas “por la colección de obras”; Carlos Lamée, por su libro *El estanciero argentino*; Baldomero Llerena, “por su libro sobre Derecho Civil”; Juan José Montes de Oca, por su libro *Introducción al estudio del derecho*; Eduardo Olivera, por su obra *Estudios y viajes agrícolas*; Vicente G. Quesada, por su libro *La Patagonia y las tierras australes*; Ezequiel N. Paz, “por varios libros”; Julio P. Rodríguez, por su libro *Repertorio del Código Civil*; Luis A. Viglione, por *Lecciones de Geometría Analítica*; Julián Aguirre, “por varios libros”; Gil Rodríguez, sin especificación.

Con referencia a estos premios también queremos hacer algunas consideraciones. El otorgado a Antonio Galarce lo fue por una de las obras que se ofrecieron en la Exposición a visitantes e interesados. Con relación a Estanislao J. Frías, no hemos podido identificar el carácter

de sus obras premiadas. Con respecto a Manuel R. García, se trata de Manuel Rafael, que fue embajador en los Estados Unidos en tiempos de Sarmiento, de cuando deben datar sus estudios sobre educación, el que ya para entonces estaba fallecido. Con relación a Andrés Lamas y su premio “por la colección de obras”, debe señalarse que se trata de su publicación *Biblioteca del Río de la Plata o Colección de obras, documentos y noticias*, que fuera publicado en 1873 y que se refiere a elementos de su archivo particular²³.

La obra premiada de Eduardo Olivera –que era el presidente de la comisión directiva de la exposición– es el resultado de sus observaciones por varios países de Europa, de donde trajo aquella frase vista en Inglaterra que decía “el suelo es la patria, cultivar lo uno es servir a lo otro” y que quedó plasmada en la famosa frase “Cultivar el suelo es servir a la patria”, que fue acuñada por la Sociedad Rural Argentina de la que él mismo fuera fundador. Su libro había aparecido en 1879 y fue reeditado en 1883. Con respecto a Ezequiel N. Paz, era un periodista con una gran producción de artículos, de modo que no sabemos a qué hace referencia su premio “por varios libros”. El libro premiado de Vicente G. Quesada, *La Patagonia y las tierras australes del continente americano*, había sido editado en 1875.

Queda por hacer un comentario sobre el galardonado Julián Aguirre. En la actualidad este nombre nos remite a un músico que ha sido uno de los grandes valores de la creación musical nacional. Pero, aparte de que no se presentaron obras musicales en la exposición, era por entonces un joven que ese año del 89 regresaba al país luego de completar sus estudios musicales en Europa. El premiado es Julián L. Aguirre, jurisconsulto, autor de un tomo publicado de *Autos y sentencias* (1885) y de un *Código penal*, de 1887²⁴. Por último cabe decir que Gil Rodríguez, de quien no se especifica la calidad de su obra premiada, no lo hemos podido individualizar.

23 Vicente Osvaldo Cutolo, *Nuevo Diccionario Biográfico Argentino (1750-1930)*, Buenos Aires, Elche, 1968-1985, vol. 4, p. 51.

24 *Idem ant.*, vol. 1, p. 50.

Aparecen, también, premios a trabajos presentados por industriales en relación con la cultura. Con referencia al comercio editorial y la industria tipográfica, hubo distinciones a Luis O. Barelli, “por trabajos tipográficos”; Ygon Hermanos, “por las ediciones presentadas”; Félix Lajouane, “por las obras editadas por él”; Moreau Hermanos, “por trabajos tipográficos”; Emilio Doucet, “por tintas”; Aurelio Seijo, “por tintas”; Luis O. Barelli, “por litografías”. En otro rubro, aparece mencionado Rosario Grande, “por medallas” y, al fin, una referencia musical: Francisco Núñez y Ca., “por guitarras”. Cabe mencionar que esta fábrica de guitarras, del español Francisco Núñez, instalada en Buenos Aires desde aproximadamente 1870, construía y reparaba estos instrumentos. Es la misma que hoy se conoce como “Antigua Casa Núñez”, fabricante de guitarras. También fue premiado otro tipo de trabajo artesanal: a la Comisión Auxiliar de Tucumán se le otorgó una medalla “por un tapiz”.

Respecto de los premios anteriores, cabe mencionar el recibido por las ediciones de “Ygon Hermanos”, que se trata de las producidas por la antigua Librería del Colegio de los hermanos Igón, establecida frente al viejo colegio de los jesuitas y luego Colegio Central de Buenos Aires. Con relación a la “Comisión Auxiliar”, debe señalarse que fue criticado por el autor de la memoria el que fueran éstas las premiadas, por haber adquirido las piezas, y no los autores de los trabajos.

Se entregaron 246 “menciones honorables” que incluyeron, también, reconocimientos a trabajos relacionados con la cultura y las ciencias. Hay una buena cantidad de obras de Derecho, desde textos de estudio hasta recopilaciones de sentencias o de leyes, que pertenecen a Isaac P. Areco, Benjamín Basualdo, Arturo R. Dávalos, Luis M. Drago, Carlos N. González, Máximo G. González, José J. Hall, Gabriel Larsen del Castaño, Godofredo Lozano, Francisco Medina, Manuel Obarrio, Eugenio Pérez, N. Reynal O’Connor, Adolfo Saldías, Luis V. Varela. Hay trabajos científicos correspondientes a varias materias, pertenecientes a Eugenio Bachmann, Carlos Berg, Alfredo Biraben, Jorge Cadrés, Pedro Mallo, José Penna, Manuel Porcel de Peralta, Carlos D. Sarmiento, Angel R. Cartavio.

Otros autores de trabajos intelectuales que fueron premiados en esta categoría, fueron Manuel Chueco, por su libro *Los pionners de la industria*

nacional; Emilio Daireaux, por el libro *El abogado de sí mismo*; Enrique Navarro Viola, “por los Anales Bibliográficos”; Arturo Orzabal, “por su libro Estudio crítico sobre las reglas de Descartes”; José M. Torres, “por su Curso de Pedagogía”; Manuel R. Trelles, “por su obra Revista de los archivos de Buenos Aires”; José Antonio Wilde, “por su libro *Buenos Aires hace 60 años*”.

Respecto de estos autores distinguidos, señalemos que el libro premiado de Manuel Chueco había sido publicado en 1886. Con relación a Enrique Navarro Viola, hermano de Alberto, había continuado con el *Anuario Bibliográfico de la República Argentina*, que su hermano publicara entre 1879 y 1885, año en que falleciera. Con referencia a Emilio Daireaux, de quien se habían impreso 20.000 ejemplares de capítulos de su libro *La vie et les moeurs à la Plata*, obra publicada en Francia en 1887, recibió una distinción pero por otro trabajo suyo. Arturo Orzabal había obtenido el premio que la Sociedad Científica Argentina había establecido para monografías sobre las reglas de Descartes y Newton, para resolver ecuaciones numéricas²⁵, que es este que ahora se distingue. Con relación a José María Torres, educacionista español radicado en el Plata, era éste autor del *Curso de Pedagogía* premiado, obra en tres volúmenes editada en Buenos Aires entre 1887 y 1889²⁶.

De los nombrados en ese último grupo hay que destacar a Manuel Ricardo Trelles, bibliófilo y archivero, director y suponemos creador, de un par de revistas: *Revista de la Biblioteca Pública de Buenos Aires* (1879-1882), y *Revista Patriótica del pasado argentino*, cuyo primer volumen apareció en 1888, que era una compilación de artículos históricos y que a ésta debe referirse la distinción. De las obras premiadas aun reviste importancia la de Wilde, publicada con el título: *Buenos Aires, setenta años atrás*. Se trata del libro de recuerdos sobre el pasado de esta ciudad, de la época de Rosas, más completo e importante de los que se han escrito en carácter testimonial. Había sido editado en 1880 y tuvo una segunda edición, aumentada, al año siguiente. Cuenta, en la actualidad, con una edición

25 Ídem ant., vol. 5, p. 223.

26 Ídem ant., vol. 7, p. 572.

moderna y hoy es una fuente ineludible para conocer el pasado de esta ciudad.

Hubo distinciones a *La Tribuna Nacional*, por la colección del periódico; a Virgilio Colmegna, de Santa Fe, por trabajos litográficos; a José Bertolotti, de Rosario, por encuadernaciones; a J. Ferrazini y Ca., de Rosario, y a la casa Woflin, de Buenos Aires, por litografías. Destacamos la distinción a Rafael Gismani, de Santa Fe, por un “dibujo a la pluma” y a Gotuzzo y Ferraroso, de Buenos Aires, por grabados sobre metal. Por presentar fotografías fueron premiadas las casas de Chute y Brooks y Castellano y Ca., ambas de Buenos Aires. Tuvo esta mención honorable otro fabricante de instrumentos musicales, Francisco Milani, de Buenos Aires, por guitarras y bandurrias.

Merece destacarse, dentro del material presentado y premiado, la variedad de trabajos geográficos. Cabe señalar que era una época donde existía un especial gusto e interés por ellos, así fuesen los de carácter científico, como los relatos e informes de viajes de exploración y, a nivel más popular, los de aventuras, aun novelescos, en países y mares, exóticos y remotos. De aquí el interés que produjeron algunos de ellos y su premio logrado. Ciertamente ignoramos si otros se presentaron y no obtuvieron alguna distinción, porque la lista publicada es la de los premiados. De este modo se destacaron los de Moreno, Zeballos, Latzina, Quesada, y aun los libros de Daireaux, Galarce y Wilde, que poseen una información geográficamente localizada, ciertamente exótica para Europa.

También hay que señalar la cantidad de trabajos de carácter educacional, esto es: tanto los referidos a la educación como los manuales de enseñanza de disciplinas de estudio. Se otorgaron distinciones a autores, instituciones y publicaciones periódicas. Este era otro punto de interés en la época. Era concepto indiscutido que la “educación” –esto es: la formación intelectual y cívica de los individuos– era de capital importancia para el desarrollo y el progreso de los pueblos. De este modo lo era la “instrucción pública”. Así que los premios a los trabajos de este tipo deben ser considerados como respondiendo a la idea de estímulo más que a una libre competencia con sus similares europeos. El propio autor del informe lo refleja, al referirse en general al concurso:

Los jurados, tratándose sobre todo de apreciar productos industriales, hacen uso de un criterio muy elástico, y acuerdan los premios según los países, si son viejos o nuevos, siendo pródigos con estos, como para recompensar esfuerzos, y dar ánimo para el adelanto.

Recuérdese cualquier producto elaborado de los nuestros, y si ha obtenido medalla de oro, por ejemplo, no vaya a creerse que está a la altura de sus similares salidos de las fábricas europeas. Muchos de estos, que habrán tenido apenas una mención honorable, serán superiores quizá a los expuestos en nuestra sección, y que fueron premiados de aquella manera.²⁷

El Gran Premio al Consejo Nacional de Educación, la medalla de oro a Benjamín Zorrila, “por sus esfuerzos en favor de la educación” y la medalla de plata a la *Revista Pedagógica*, más los premios a otras publicaciones pedagógicas y los libros de texto, reflejan esta idea pero dentro de la advertencia de Santiago Alcorta, que no se engañó ni engaña, en su informe, a las autoridades nacionales.

Según puede observarse, los premios otorgados a trabajos intelectuales no han sido, en muchos de los casos, a producciones ni ediciones recientes. Esto llama la atención y hace pensar que, quizás, no todos los productos elaborados presentados en la Exposición fuesen de reciente confección. Debe señalarse que algunos de los autores, como García y Wilde, ya estaban fallecidos para entonces.

Aparecen muchos premiados, también en el aspecto cultural, que pertenecen al interior del país. Con relación a esto debe mencionarse que estuvieron presentes trabajos de cultura artesanal, de los que sólo conocemos aquellos que fueron distinguidos. Así se premió a la citada Comisión Auxiliar de Tucumán por la presentación de un tapiz y también de un poncho de seda; igualmente a su similar de Santiago del Estero por trabajos de talabartería. Al concursante Juan von Wyl, de Santa Fe, se lo premió “por pieles de tigre y de boa y trabajos de asta”, que estos últimos, posiblemente -dada la época- habrían de ser chifles. A Luis Vera, de la Pampa Central, hoy provincia de La Pampa, se lo distinguió “por un

27 Santiago Alcorta, “Reseña ...”, ob. cit., pp. 27-28.

freno y un látigo”. Manuel Malbrán, de Andalgala, Catamarca, fue merecedor de medalla de bronce por ponchos de vicuña.

A esta cantidad de elementos de carácter cultural hay que agregar la exposición de planos, cuadros gráficos y estadísticos, “y por tantas fotografías que llamaban la atención, haciendo conocer las calles de nuestras ciudades, sorprendidas en su movimiento diario”²⁸. Dice el cronista, refiriéndose al material gráfico presentado: “A este respecto, era curioso observar la impresión que esas vistas producían en el espíritu de los visitantes del pabellón, y que se traducían en sus exclamaciones: ¡hay cosas como las de aquí! hay tramways, hay plazas, hay jardines como los nuestros!”²⁹ Y prosigue el autor:

La colección numerosa de libros, encerrada en varias bibliotecas, estuvo ahí, atestiguando nuestro adelanto intelectual, y, por millares, han podido contarse las personas que, no creyendo en él, se acercaban a ver sus títulos, esperando encontrar producciones de la Europa.

Un efecto semejante, producía la colección de nuestros diarios, los cuales estaban extendidos sobre una pared, y cuántos de los ignorantes se habrán preguntado si se imprimen en la República Argentina, cuando una persona que no lo era, hizo una vez esa pregunta al propietario de un gran diario, que le mostraba el número del 1º de Enero.³⁰

Sin embargo, entre las falencias, el informante hace saber que “los grandes diarios, como *La Nación* y *La Prensa*, pudieron exhibir fotografías de sus importantes establecimientos tipográficos, y hubiesen asombrado a todos, con sus números del día de año nuevo, en esta vieja Europa, donde los diarios son generalmente pequeños.”³¹

Hay un punto que llama la atención y es que no se presentaron obras de arte. Creímos que no las había concursando en la Exposición pero hubo un Palacio de Bellas Artes y de Artes Liberales, en el cual parece que nuestro país no tuvo ninguna concurrencia. En el cuadro de meda-

28 Ídem ant., p. 15.

29 Ídem ant.

30 Ídem ant.

31 Ídem ant., p. 18.

llas obtenidas por los países centro y sudamericanos, de los que no falta ninguno, vemos que Brasil, Chile, México y Uruguay, obtuvieron distinciones en el rubro “Obras de arte”, que es de suponer se trata de obras de artes plásticas. El Pabellón Argentino tuvo muchas piezas de adorno y lienzos decorativos pero tampoco en la confección de ellos parecen haber tenido lugar los artistas nacionales. En la lista de gastos figuran siete escultores, que son autores de los grupos de las esquinas, del gran grupo central, de las cuatro estatuas de la cúpula y de los medallones de las esquinas. En cuanto a los pintores, aparecen dieciocho, autores de cuadros decorativos, de retratos de hombres públicos argentinos, de pinturas decorativas alrededor de retratos, de modelos de mosaicos y de los vidrios artísticos de la gran vidriera. Se especifica que iban cuatro cuadros en cada una de las cuatro cúpulas chicas. Aparentemente se trata de todos artistas franceses y no reconocemos ningún nombre argentino.

En el informe del delegado del gobierno se hace saber que para las obras de arte no se procedió al llamado a licitación como se había hecho con todo lo demás, incluyendo aquí las esculturas de adorno, los vidrios artísticos, la cerámica, la fundición de bronce de los grupos y estatuas, las telas artísticas y los mosaicos. Así, se señala:

...la Comisión las encargó a los artistas de reputación que las han ejecutado, tanto escultores como pintores, debatiendo bien con ellos los precios, y sacando partido, al establecerlos, del interés que todos tenían de figurar en esta Exposición. Así consiguió, que pintores, cuyos cuadros se pagan con varios miles de francos, ejecutasen telas de grandes dimensiones a razón de dos mil cada una, y estos fueron Jules Lefebre, Tony Robert Fleury, Hector Leroux, Luc-Olivier Merson, Besnard, Gervex, Saintpierre, Barrias, Cormon y Gh. Toché.³²

Clausurada la exposición, el 6 de noviembre “...desde el siguiente día, se comenzaron en el pabellón argentino, los trabajos de desarme de todas las instalaciones, y poco después, el encajonamiento de ellas, así como de

32 Ídem ant., p. 6. Nota: No están todos nombrados, sin duda por no pertenecer al grupo de los señalados.

los productos que tenían que ser devueltos a la República Argentina”.³³ El edificio se desarmó, según estaba planeado y no fue en esto caso único ni original. De algunos se decidió el hacerlos desmontables para ser llevados, por ejemplo, a los países que los habían levantado, tal el caso de México, del que se dijo: “la ciudad de Méjico conservará perpetuamente el recuerdo de su amplia participación a la Exposición Universal de 1889”.³⁴

El Pabellón Argentino se volvió a armar, para 1890, en la Plaza San Martín de Buenos Aires, con el fin de destinarlo a local de exposiciones. Muchos eventos culturales tuvieron lugar en él, como exposiciones de bellas artes y conciertos, entre los que se destaca la Exposición Internacional de Arte del Centenario, en 1910, que produjo la serie de Salones Nacionales, que a partir del año siguiente se abrieron allí. Para entonces se había trasladado a ese lugar el Museo Nacional de Bellas Artes, espacio que su director, Eduardo Schiaffino, no consideraba adecuado, por cuanto “el Pabellón había sido construido para exhibir los productos naturales y manufacturas que se enviaron a la Exposición de París en año 1889, no para presentar obras de arte”³⁵. En 1915 tuvo lugar allí el acto fundacional de la Asociación Argentina de Compositores, concierto inaugural de una nueva etapa en el desarrollo musical argentino.

Al edificio se lo desarmó, en forma definitiva, en 1934. Las obras de arte originales desaparecieron. El arquitecto Buschiazzo pudo rescatar tres de las figuras que coronaban las esquinas, que hizo colocar como asta bandera en plazoletas de la Capital, donde todavía es posible hallarlas, desconociéndose, para la generalidad de la gente, su origen.

En las conclusiones que sacó el cronista de la *Memoria*, refiriéndose a los resultados obtenidos por el país en la exposición francesa, señala que ahora todos los visitantes del pabellón y aquellos que han recibido las impresiones de otros que estuvieron, tienen “una gran idea del país y de su riqueza” y señala:

33 Santiago Alcorta, “Memoria”, p. 51.

34 Alberto Ballu, “La Arquitectura en la Exposición Universal...”, cit., p. 371.

35 Citado por Bonifacio del Carril, “Breve historia de la Plaza San Martín. Comienza el siglo con un gran hotel”, en: *La Nación*, 5 de agosto de 1988, p. 7.

Esta Comisión, buscando más arriba de los simples curiosos, ha llevado a las Universidades, a las sociedades científicas y geográficas, a los Institutos, a los Colegios, a los hombres notables en la ciencias, las artes, la política, y la literatura, los elementos para el estudio del país, en los libros importantes que ha estado encargada de distribuir.

En otra época, los hubiesen puesto de lado, pero hoy, la boga dada a la República por la Exposición, ha llamado su atención sobre ellos, lo que se conoce por las respuestas que ha recibido la Comisión.³⁶

Y termina expresando que, al país, “su presentación en esta fiesta internacional, con el brillo con que lo ha hecho, le dará resultados incalculables”, agregando que “nadie nos podrá decir si una gran afluencia futura de capitales y de industrias, no son debido a nuestra figuración en este concurso de pueblos, a que nos invitó la Francia.”³⁷

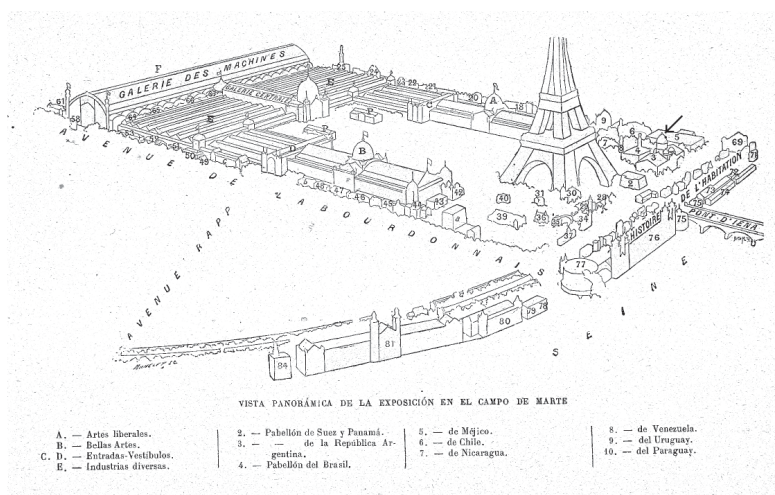
La exposición francesa de 1889 fue una gran oportunidad que la Argentina no desaprovechó, no obstante las observaciones que se hicieron en el sentido que pudo estar mejor representada. Entre lo que allí se expuso no pudieron faltar las muestras de la cultura nacional. Publicaciones de todo tipo estuvieron presentes, también de la industria editorial, y hubo objetos artesanales reveladores de la existencia de una cultura popular tradicional. También se quiso mostrar el adelanto del país por medio de la instrucción pública. Todo ello, sin duda, favoreció al país, que se hallaba todavía al comienzo de su carrera como nación, ofreciendo la imagen de que no se trataba sólo de un productor de materias primas y con una presunción de porvenir venturoso.

Con motivo de la exposición, el ministro de Relaciones Exteriores de Francia había expresado al delegado argentino: “Ustedes asombran al mundo con sus progresos”³⁸. *é*

36 Santiago Alcorta “Reseña...”, cit, p. 72.

37 Ídem ant.

38 Ídem ant., p. 18.



Plano de la Exposición, con la ubicación del Pabellón Argentino (flecha).
Tomado de: *La República Argentina en la Exposición Universal de Paris de 1889...*
Paris Mouillot, 1890